

gida en esa masa gris de las confederaciones más o menos autónomas. Había que darle la vuelta de arriba a abajo.

Y los que nos decían estas cosas ni siquiera se habían molestado en leer los 27 Puntos de la Falange ni los discursos de José Antonio, y por eso eran incapaces de comprender el estilo y la generosidad de aquellos camaradas nuestros, que se dejaban matar y que iban a las cárceles llenos de fe. Y decían aquellos ricos a quienes íbamos a visitar, por no darnos su dinero, que no entendían bien lo que pretendía la Falange. Cómo iban a entender de sacrificio y de servicio, de la entrega generosa de la vida, aquellas gentes que lo tenían todo tan fácil.

Había días que, después de recorrer Madrid entero, reunían entre todas las camaradas que habían salido a pedir veinte o treinta pesetas, cantidad insignificante para la cantidad de detenidos que ya había. Pero era tan grande la fe de las mujeres nacionalsindicalistas que ni el cansancio físico ni la falta de comprensión de los españoles les bajaban el ánimo.

En vista de que la falta de dinero era perseverante, pensamos en montar un negocio que, además de servir de propaganda a la Organización, fuera productivo para nuestros presos. Hablamos con una afiliada que tenía fábrica de perfumería, y convinimos con ella en que nos daría unas pastillas de jabón a veinte céntimos y nosotras las venderíamos a dos reales, para destinar todo lo que ganásemos con la venta a la asistencia de los detenidos. Este jabón llevaba encima un letrero que decía: Por la Revolución Nacionalsindicalista. Por la Patria, el Pan y la Justicia, Arriba España.

Y este jabón lo vendían las chicas del S. E. U. en la Universidad entre sus compañeros, y las que trabajaban, entre sus amigas de taller, y todas entre nuestras familias; así que el jabón llegó a ser como un distintivo de la Falange, porque lo mismo que en el Antiguo Testamento señalaban las casas de los israelitas para librarlas del ángel exterminador, las de los falangistas se

conocían siempre porque en ellas se veía sin distinción el jabón nacionalsindicalista. Claro que en este caso, en vez de ser una señal de salvación, era una pista segura para la Policía, que ya no le cabía duda de que en aquella casa eran de la Falange.

Ya con estos ingresos podíamos llevarles a los presos tabaco, libros y medicinas para los enfermos y les pasábamos a sus familias un socorro semanal que, a pesar de nuestros esfuerzos y según los fondos, oscilaba entre siete y quince pesetas.

Como era imposible, por la falta de dinero, llevarles la comida todos los días, sólo en Navidad les organizábamos una cena extraordinaria para que celebraran juntos el Nacimiento de Cristo. Y la esperaban con tanta emoción los camaradas, que uno de ellos a quien ponían en libertad aquella noche pidió quedarse hasta el día siguiente sólo para poder celebrar la cena con los demás. Les gustaba todo lo que les mandábamos y nosotras gozábamos preparándoles la comida, que, según los medios, unos años era buena y otros nada más que regular, pero siempre tenía ese estilo de hermandad que tienen las cosas de la Falange. Porque para eso íbamos desde por la tarde a una taberna que había enfrente de la cárcel, donde nos lo hacían más barato, y allí, entre los gritos y los ruidos de panderetas de los que estaban celebrando la Nochebuena, preparábamos llenas de gozo, pensando en los camaradas, pero con mucho miedo a las borracheras de aquella gente, las cestas que a las siete de la tarde teníamos que llevar a la cárcel para nuestros presos. Y en aquella época de persecuciones para la Falange ya recibían los camaradas de la cárcel los paquetes de puros de la cena de Navidad atados con cintas de nuestros colores rojo y negro.

Claro que para pagar la cena de Navidad teníamos que lanzarnos otra vez a pedir dinero, y decidimos hacer una rifa y poner un llamamiento en los periódicos, firmado por varias de nosotras, pidiendo para los detenidos. Al llama-